donde descansan esos dos mártires. El mismo arqueólogo, guiado por la analogía, ha reconocido todavía algunas otras en las inmediaciones de Roma, principalmente en la Vía Apia, encima de la entrada del cementerio de Pretextato. Y semejante descubrimiento es tanto más importante, cuanto que encontramos, en las pequeñas iglesias en cuestión, precisamente lo que hacía una laguna en la historia de la arquitectura cristiana de los primeros siglos, esto es, el eslabón que une inmediatamente la arquitectura al aire libre con la arquitectura subterránea. Esos edificios presentan copias tan exactas como es posible de los cubicula, de las criptas, de las pequeñas iglesias de las catacumbas. En efecto, la forma común de éstas es el cuadrilátero, que se encuentra por centenares, donde, fuera del cuadro, y sobre tres de sus caras, se abren tres arcosolia, destinados á servir á un tiempo de tumbas á los mártires y de altares para el sacrificio. Esta es también la disposición de las dos pequeñas basílicas que hemos citado como tipo: son cuadriláteras y provistas de tres ábsides para recibir tres sarcófagos, que eran también, probablemente, altares cuando encerraban los cuerpos de los már-

B. La segunda clase es la de las grandes basílicas, provistas de la amplitud y accesorios necesarios para las exigencias de un culto solemne, enteramente libre y organizado con regularidad.

Desde un principio hubo grandes variaciones en la construcción de las iglesias cristianas, ya en cuanto á las formas exteriores, ya respecto á las disposiciones interiores. La mayor parte eran más largas que anchas. imitando la figura de una nave ó bajel, á la cual se unía en el espíritu de los primeros cristianos una significación misteriosa (véase el artículo Navis, nave); los templos de esta forma eran llamados por los Griegos δρουικά, porque se asemejaban á los sitios destinados al paseo público. A las iglesias de esta clase se refieren las que, á nuestro juicio, están figuradas en un sarcófago del Vaticano, una de las cuales se halla reproducida en uno de los grabados anteriores (II). También había iglesias redondas, como el Santo Sepulcro y San Estéban el Redondo de Roma; otras octógonas; otras tenían la figura de una cruz, etc. Sus dimensiones no eran menos variadas que sus formas. Algunas, construídas por opulentos cristianos. eran espaciosas y completas en todas sus partes y divisiones; otras muchas eran más reducidas y carecían de ciertas partes, y en éstas las sagradas ceremonias no se ejecutaban sino con molestias.

Pero, en general, la forma de las iglesias cristianas difería esencialmente de la de los templos del paganismo: así lo exigían los ritos del nuevo culto, como la separación de los dos sexos ordenada por la circunspección cristiana y observada en las reuniones desde la era de las catacumbas; la clasificación y división de los diferentes órdenes de la Iglesia no lo pedían menos imperiosamente. Los templos paganos afectaban casi invariablemente la forma redonda ó no se componían más que de una sola nave prolongada, sus proporciones eran reducidas, y la cella que encerraba la estatua del dios con el altar, ocupaba la mayor parte. Los de los cristianos, por el contrario, tomaron desde un principio, salvo las excepciones expuestas más arriba, la forma de un paralelógramo, y además de la nave principal, tuvieron otras dos naves laterales. Algunas iglesias de Occidente se dividieron en cinco naves. como todavía se ve hoy en un gran número, por ejemplo: la catedral de Pisa, San Severino y otras varias iglesias de París.

C. Debemos decir, sin embargo, que la forma del templo romano no era siempre absolutamente incompatible con el establecimiento del culto cristiano. Ligeras modificaciones permitían hacer de él iglesias, que por su forma se relacionaban con las construídas por los discípulos de Cristo, esto es, de un gran salón cuadrado como la Casa cuadrada de Nimes, por ejemplo, que con la adición del ábside para poner el altar, convirtióse en iglesia. Buen número de templos pueden citarse, ya en Oriente, ya en Occidente, que han sido consagrados al culto de Cristo, unos sin haber sufrido ninguna alteración, otros mediante algunas reparaciones más ó menos importantes.

Respecto á los países de Oriente, tomaremos por guía á M. Charles Texier (L'architecture byzantine...., pág. 80 v siguientes). Este sabio da (páginas 81 y 82) los más curiosos detalles sobre la destrucción completa de todos los templos en todas las regiones recorridas por San Pablo, mientras que se conservaron á derecha é izquierda del itinerario del gran Apóstol, los demás; en cuyos detalles no entramos por la brevedad que nos hemos im-

Entre les templos convertidos en iglesias, se citan: en Siria, el santuario de Cavesus en Deir-el-Kalaah, y el templo de Baco en Lao-

El templo de Venus, en Afrodisia, en Asia, fué convertido en iglesia de la Ascensión en una época que, si no puede fijarse con exactitud, está ciertamente comprendida entre el reinado de Constantino y el de Teodosio. El nombre mismo de Afrodisia fué abolido (significa ciudad de Venus); la ciudad fué llamada Tauropolis (la ciudad de Tauro) bajo Constancio, y más tarde Stauropolis (la ciudad de la Cruz). El templo no pudo acomodarse, sin embargo, al culto cristiano, sino á beneficio de notables modificaciones. Así, la cella fué por completo demolida; las columnas del porticum. que eran en número de ocho, fueron trasladadas y puestas en la línea de columnas laterales, cuyo número fué así elevado á diez y nueve | así como la iglesia ó mausoleo de Santa Consá cada lado. El pórtico, de orden jónico, fué después encerrado entre muros que dejaban un ancho espacio entre el nuevo recinto y las columnas, de tal modo, que formaron una nave central y dos bajas á los lados. En el fondo se construyó un ábside circular que todavía existe hoy.

En Ancira (Asia Menor), el templo de Roma y de Augusto. También aquí se han hecho alteraciones, aunque diferentes de las de Afrodisia. En él debieron abrirse ventanas, porque los templos antiguos no recibían la luz más que por la puerta, á excepción de los templos dipteros, que tenían un implurium, tal como el panteón de Agripa.

Templos de Grecia. El panteón de Atenas estaba todavía abierto, á principios de siglo vi, á los sectarios del politeísmo (Texier., pág. 97). Bajo Justiniano fué cerrado el templo (édit. de 529) y convertido en iglesia bajo la advocación de Santa Sofía. Los Griegos hicieron sufrir á sus primitivas leves profundas alteraciones, que han sido para los sabios de los tiempos pasados causa de muchos errores, hasta que las recientes investigaciones han puesto al descubierto la primitiva estructura. También fué preciso allí abrir ventanas.

El templo de Minerva Poliada y de Erectea, convirtióse en iglesia en el siglo vii. Lo mismo ha sucedido á la mayor parte de los templos que existían en el recinto de Atenas. El pequeño templo de orden jónico situado sobre el Îliso, y que Stuart cree que estuvo dedicado á Diana Agrostera, se transformó en la iglesia del Viernes Santo, «Αγία παρασκευή, y el templo de Teseo en la iglesia de San Jorge.

Esta aplicación al culto cristiano, que, como vemos, ofrece numerosas dificultades, ha salvado de la destrucción gran número de monumentos antiguos. Los demás vacen en ruinas; tales son, en Grecia, el del cabo Colonna, los de Egina, de Corinto, de Basso, etc.

Transformaciones análogas, y en mayor número quizá, tuvieron lugar en el Imperio de Occidente, aunque los edictos de los emperadores contra el paganismo, encontraran más resistencia que en Oriente. Pero allí los cristianos no pusieron más repugnancia que los de los países orientales para establecer su culto en los antiguos santuarios del paganismo.

En Salona, la ciudad de Diocleciano, había dos templos en los que la idolatría apenas tuvo tiempo de quemar incienso: los templos de Júpiter y de Esculapio. El primero fué consagrado á la Santa Virgen y todavía hoy es la catedral de Spalatro. El otro se ha convertido en la iglesia de San Juan

En Roma, San Esteban el Redondo, que era, según unos, un baño, según otros, un mercado, habría sido consagrado al culto por el Papa Simplicio en 458; pero los arqueólogos modernos creen el edificio de origen cristiano,

tancia en la Vía Nomentana. En nuestra Notice sur le culte de Ste. Agnès, hemos expuesto las razones que nos aconsejan separarnos de la opinión de estos sabios respecto al último de esos monumentos.

El panteón de Agripa estaba consagrado todavía en 356 á los dioses de Roma. Se ignora cuánto tiempo estuvo cerrado; pero en 610, el emperador Focas lo regaló al Papa Bonifacio IV. que lo consagró á la Santa Virgen, bajo la advocación de Santa María de la Rotonda: hoy está colocado bajo la protección de Santa María de los Mártires, lo que le relaciona con su antiguo destino. El templo de Antonino y de Faustina, en el Forum, ha sido consagrado al culto en una época bastante reciente, bajo la advocación de San Lorenzo in Miranda. El templo de Vesta fué transformado en iglesia con el nombre de la Madonna del Sole. Por último, el de Rómulo y Remo es hov la iglesia de los Santos Cosme y Damian.

En Ostia, en la parte de la población llamada «Ciudad de Constantino», se hace mención de la iglesia de San Pedro y San Pablo, que no es otra que el templo circular que estaba dedicado al dios Portumno.

Galia narbonesa. Ninguna otra comarca ofrece reunidos en tan corto espacio tantos edificios antiguos consagrados al culto cristiano; y no contamos en este número las iglesias construídas en los solares de antiguos templos,

que son aún en mayor número. En Vernègue, que se cree sea la antigua Ernaginum, se ven todavía las ruinas de un pequeño templo griego que fué convertido en iglesia, pero con notables modificaciones, en una época que no puede precisarse, pero que seguramente corresponde entre los siglos v v vI.

En Viena (Isère) existe un templo de Augusto transformado en iglesia con el título de N. Señora de la Vida. Este cambio tuvo lugar en el siglo IX, por las gestiones del obispo Burcard, siendo considerables los trabajos de acomodación.

D. Otros muchos edificios profanos fueron también transformados algunas veces en iglesias por los primeros cristianos, entre otros las termas y los baños, que entre los antiguos no eran superados en suntuosidad sino por los templos consagrados á los dioses, y las basílicas, templos de la justicia. Tenemos un ejemplo que data de la cuna del cristianismo en Roma.

Son las termas que Novaciano, hijo de Pudente, el ilustre huésped de San Pedro, poseía en el monte Esquilino, y que legó á su hermano Timoteo, sacerdote de la Iglesia romana, para celebrar en ella las reuniones de los cristianos. Esta propiedad, que en un principio llevó el nombre del mismo Timoteo, fué después consagrada como iglesia por el Papa Pío I, á ruegos de Santa Práxedes, bajo cuya advocación está hoy colocada (Baron. Not. ad

alli un bautisterio donde regeneraba á los que en gran número acudían para abrazar la fe cristiana (Anastas. Biblioth. in Pium I).

Nadie ignora que la iglesia de Santa Cecilia in Trastevere fué edificada en el solar de la casa y baños domésticos donde esta ilustre mártir fué encerrada para que allí muriese asfixiada (véase nuestro artículo Cecilia (Santa).

Sobre el Viminal se encontraban las termas de Agripina, que más tarde recibieron el nombre de Olimpiada; ésta era probablemente una matrona que los poseyó después de la madre de Nerón. Allí fué donde San Lorenzo, si hemos de creer sus actas, fué puesto sobre las parrillas. Lo que hay de cierto, por lo menos, es que este lugar fué convertido en iglesia bajo la advocación del diácono mártir.

La parroquia de San Martín á Monti ocupa una parte de las termas que Tito había construido sobre el Esquilino cerca de las de Trajano, y que llevan el nombre de Domiciano, porque este Emperador las hizo reconstruir casi por completo después de un incendio. En estas termas se reunió en 324 el primer concilio romano, celebrado por San Silvestre, y al que

asistieron 284 obispos.

Las magnificas termas de Nerón, conocidas después bajo el nombre de Severo Alejandro, que las había restaurado y agrandado, no lejos del circo Agonal, habían sido en un principio convertidas por los paganos en un templo de la piedad; pero fueron más tarde dedicadas al Salvador por San Silvestre, y consagradas por San Gregorio I. Esta es la iglesia que se conserva todavía bajo la denominación de San Salvador in Thermis.

La célebre iglesia de Santa María de los Angeles ocupa, como todo el mundo sabe, el gran salón de las termas de Diocleciano. El Papa Pío IV fué quien concibió la idea de dar á este salón un destino sagrado; confió la ejecución á Miguel Angel, el cual hizo de él una iglesia en forma de cruz griega; es una de las más majestuosas y elegantes de Roma. Las termas de Diocleciano habían quedado trece siglos sin uso, y su construcción había costado, se dice, siete años de trabajo á 40.000 cristianos condenados á trabajos forzados.

No fué en Roma únicamente donde se consagraron las termas al culto cristiano. Nos limitaremos á citar, en Pisa, las de Adriano, convertidas hoy día en la célebre iglesia de Santa Reparata. En Arezzo, población de Toscana, la iglesia v el monasterio de San Bernardo se construyeron igualmente sobre antiguos baños romanos. La aplicación de estos últimos monumentos es relativamente moderna, así como la de algunos otros que, por esa causa, nos abstenemos de mencionar aquí.

V. Vamos á tratar, auxiliados por Sarnelli (Antica Basilicografia, Napoli, 1786), por Bingham, Origin. eccl., l. VIII), por Pelliccia (De

martyrol. Rom., xxx jun). Este Pontifice puso | eccl. polit., t. 1, l. 2), etc., de dar ligera idea de una basilica cristiana de los primeros siglos de la paz; procuraremos reunir, en cuanto posible sea, los caracteres comunes á las iglesias griegas y latinas, y remitiremos al lector á los autores citados, respecto á los detalles que son incompatibles con la indole de nuestra obra.

Las basilicas estaban divididas en tres partes principales: el vestíbulo ó πρόναον; el área, llamada por los latinos ecclesia navis y por los griegos ναός, nave, y el βημα ό εερατείον, en latin suggestum ó ecclesia absis, ábside.

1.º Entrando en la iglesia se encontraba en primer término el πρόναον, ó pórtico, que nosotros hemos llamado vestíbulo. Ordinariamente estaba sostenido en el exterior por dos, cinco ó siete columnas, y al lado opuesto se apoyaba en el muro de la fachada. Entre las columnas había una varilla de hierro, provista de cierto número de anillos, mediante los cuales, en los días solemnes, se colgaban cortinas al exterior. El espacio comprendido entre las columnas, daba acceso al impluvium, es decir, facilitaba la entrada bajo la bóveda del pórtico, que comúnmente estaba decorada con pinturas sagradas. Allí era donde permanecian los penitentes de la primera clase, llamados strati, ó prosternados, y que los Griegos llamaban άκροώμενους, porque desde allí oían la salmodia y la instrucción. En las grandes iglesias había á veces tres pórticos, uno al Occidente, éste era el del centro, y dos pórticos laterales que miraban al Norte y al Mediodía (Paul. Silentiar. De templ. Theod., pars. 11, 9). El pórtico del centro, vuelto hacia Occidente, se llamaba narthecio, νάρθηξ, en latín ferula, porque era más largo que los otros, y era el que conducía á la iglesia (Procop. De adif., v, 6. -Pellic., 1, pág. 169). Debemos observar de paso, que las basílicas tenían su puerta mirando à Occidente (véase el artículo Orientación de las iglesias), y esto explica por qué los Padres dicen que los cristianos miraban á Oriente cuando oraban (Basil. Despirit. sanct., xxvII.-Athanas. De plus quæst, xiv.-Augustín, De divers. serm., XLIX). En el centro del pórtico, y algunas veces al lado meridional, había una pila llena de agua, malluvium, en la cual los fieles se lavaban las manos y la cara antes de entrar en el templo (véase el artículo Abluciones, 111). Esta pila era llamada por los Griegos ψιαλη ό χερνιβοζεστόν, y por los Latinos cantharus (véase esta palabra).

En esta primera parte de las basílicas había algunas variaciones bastante notables, como se verá en el artículo Atrium (véase también el articulo Narthex).

2.º Del pórtico se pasaba, por tres puertas, al área interior de la iglesia, άνλή, aula. Por esta puerta entraban los clérigos: las puertas laterales eran para el pueblo, la derecha para los hombres, la izquierda para las mujeres.

La ναός, ό sea el área interior, se dividía en

tres naves. La nave del centro, que conducía directamente al βήμα, ó al altar, quedaba libre; su extremidad se llamaba solea ó liminare (D. Ménard. Not. ad sacrament. Gregor. et Goar. in euchol. Grac.). Los hombres se quedaban en la nave meridional, las mujeres en la septentrional (S. Max. De eccl. nupt., c. III.-Cyrill. Hieros. Procatech, 1.—Cf. Bingham). En Occidente, la nave de los hombres era más larga que la de las mujeres, como puede verse todavía hoy en las iglesias antiguas aun existentes, como Santa Sabina de Roma, la catedral de Narni, la de San Sixto, en Pisa, etc.

Estas naves estaban divididas por tabiques. El primer departamento, á partir de la puerta, era el de los catecúmenos y los penitentes: á continuación venía el destinado á los fieles: todavía había un tercero en cada una de las naves laterales, el más inmediato al altar, donde estaban, á un lado, las vírgenes consagradas á Dios, como lo sabemos por Origenes (Tract. XXVI. In Matth.) y por San Ambrosio (Ad Virgin. laps., vi), y al otro, los monjes. La nave de las mujeres era llamada μαῖρονικιον, matronæum, la de los hombres, avôpov, por los Griegos.

Desde el siglo vi, quizás antes, hubo iglesias donde el matronaum estaba situado detrás del ábside, de tal modo que las mujeres podían ver el altar y el sillón del Pontífice. Así estaba la basílica Liberiana, reconstruída por el Papa Sixto III: también la de los Santos Cosme y Damián en el forum: Félix IV construyó en ella un ábside abierto por tres arcos que daban vista al santuario. Puede comprenderse esta disposición arquitectónica, que tal vez parezca extravagante, examinando el plano que M. De'Rossi ha dado de esta basílica en su Boletín de 1867 (pl. vn), y la explicación en el texto (edic. francesa, pág. 72). El matronæum era también llamado pars mulierum (véase este plano en el artículo Matronaum).

3.º Por último, después de la υαός venia la parte extrema ó final de la iglesia, el βημα, separado de la nave por la solea y rodeado de un peribolo ó cancel (véase el artículo Cancel), en cuyo centro se abria una puerta en la solea.

Delante de las puertas del βημα se hallaba el ambón ó pulpitum (véase el artículo Ambón). En Roma había, delante del βζια, un lugar especial, que recibió el nombre de senatorium (Ord. Rom. in Biblioth. PP., t. IX) y que estaba reservado á las familias de los senadores y de los grandes en general, y cuando habia dos ambones, uno se situaba al Mediodia para la lectura del Evangelio, el otro al Norte para la de la Epistola, de los libros de los Profetas y para la salmodia (y de este modo estaban casi siempre en Roma); el senatorium ocupaba el centro, delante de la puerta del βημα.

Seguia después la solea del clero, que es la primera parte del βημα ó del coro. Allí se colocaban los subdiáconos y los clérigos menores para la salmodia. A uno y otro lado estaba el

secretarium, llamado más tarde por los Latinos sacristia (véase el artículo Secretaria). Entre los Orientales había algunas veces un secretarium á cada lado de la solea, de los cuales uno se titulaba διαχονιχόν, el otro σχευοφιλάχὶον (véanse los artículos Solea, Diaconicum, Scevophylax).

En último término, se entraba en el βημα propiamente dicho, es decir, en el santuario donde se completaba el divino sacrificio. Estaba rodeado de verjas, para impedir que los concurrentes se acercaran al altar (Euseb. Hist. eccl., x, 4). En el centro de esta verja, en el sitio correspondiente á la nave central, se abria una puerta; pero en las iglesias mayores, había una para cada una de las tres naves (Paulin. Nov., Nat. x).

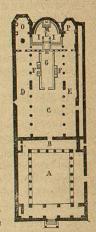
El βημα, o santuario, o presbiterio, terminaba en hemiciclo, es decir, era semicircular; he ahí por qué los Griegos lo denominaban κόγχη, concha, y los Latinos absida (véase el articulo Abside). Alrededor del ábside existian asientos para los sacerdotes (Athanas. Epist. ad solitar .-- Augustín. Epist. exxv), y en el fondo, la cátedra del obispo, más elevada que los demás asientos. In medio situm sit episcopi solium, Ἐπισκόπου Θρόνος, et utrin que sedeat presbyterium (Const. apost., 11, 57) (véase el artículo Cátedra). Desde su asiento, el obispo dominaba el altar y podía ser visto y oído de todo el pueblo.

En el centro del ábside estaba el altar, recubierto por el ciborium (véanse estas dos palabras).

Esta fué la forma de las basílicas, mientras la antigua disciplina estuvo en vigor. La descripción que antecede no puede dar de ellas más que una idea general. Bingham (Origin. eccl., l. vIII, c. 3) ha reunido, según Bévérige, León Alacio, Jacques Goar y otros, varios planos que se consultarán con fruto para formarse una idea tan completa como es posible de las diferencias existentes entre las grandes basílicas griegas y latinas. Este sabio arqueólogo publica también la iconografia de

Santa Sofía de Constantinopla, y además un gran plano de basílica con todos sus departamentos, levantado según el texto de Eusebio. Sarnelli (op. laud. Frontisp.) ha publicado también, tomando datos de Eusebio, San Paulino, etc., un vivo y detallado plano lleno de interés; pero no conviene aceptar los datos sino con cierta reserva, y sobre todo haciendo abstracción de las particularidades de su perspectiva. En el artículo Atrium hemos reproducido uno de grande v correcta sencillez (véase ese

plano.) Hemos creído lo mejor y más oportuno, dar aquí al lector el plano iconográfico de la



93 -

basilica de San Clemente de Roma, que, aunque data de los siglos xi ó xii, ofrece, en la prodigiosa armonia de todas sus partes, el modelo de la basílica Constantiniana, como puede asegurarse al contemplar la basílica primitiva recientemente descubierta debajo de la

Explicación del plano:

A. Narthecio exterior, ó sea el primer vestíbulo, destinado á separar la iglesia del bullicio de la calle. Estación de los que

B. Narthecio interior, ó pronaos, vestíbulo interior. Estación de los oyentes, que, con los catecúmenos, los energúmenos, los Judios y los gentiles, no podían entrar en la iglesia más que para oir el sermón.

C. Naos, nave principal. Los penitentes llamados prosternados y consistentes, podían permanecer allí, pero sin participar de los santos misterios (véase el artículo Penitencia canónica).

D. É. Pequeñas naves preparadas para la separación de los dos sexos.

F. F. Ambones para las lecturas y los ser-

G. Sitio de los clérigos menores y de los chantres.

H. Verjas de separación.

I. I. Santuario reservado á los sacerdotes príncipe construyó en Constantinopla tres

y á los diáconos, ordinariamente cerrado por cortinas (véase el artículo Velos y mamparas).

L. Altar. M. Cátedra epis-

copal (véase el artículo Cátedra).

N. Asientos de los sacerdotes (véase ibíd.).

O. P. Diaconicum, donde los diáconos conservaban los utensilios sagrados, y gazophylacium, para depo-

dos palabras).

VI. En Roma es donde conviene buscar especialmente las basílicas primitivas; en ninguna otra parte se encuentran en tan gran número. En otro tiempo había una iglesia en cada una de las catorce vías romanas. El tiempo, las invasiones de los bárbaros, principalmente la ocupación de los Lombardos, las han destruído casi todas. Hoy la Flaminia, la antigua y la nueva Salaria, la Prenestina y la Ardeatina, apenas conservan algunos vestigios de las suyas. Las otras nueve, la Nomentana Apia, la de Ostia, la de Porto, la Aurelia v la Cornelia, conservan, casi con sus formas primitivas, las basílicas de Santa Inés y de San Lorenzo, y con formas casi completamente renovadas, las de los Santos Marcelino y Pedro, de San Sebastián, la de San Pablo, fuera de los muros, y la de San Pedro en el Vaticano.

Las basílicas llamadas Constantinianas, porque pasan por haber sido fundadas por Constantino el Grande, son en Roma en número de siete: San Juan de Letrán, San Pedro en el Vaticano, San Pablo, extramuros, Santa Cruz en Jerusalén, Santa Inés sobre la Via Nomentana, San Lorenzo in agro Verano; por último, los Santos Marcelino y Pedro, interduas lauros (Carletti. Chiesa di S. Silvestro in capite, pág. 51, not.). Ciampini atribuve á Constantino otras muchas (De sacris aedific. a Constantino M. constructis). Constantino fundó en Jerusalén la basílica del Santo Sepulcro ó de la Resurrección del Salvador, llamada Martyrion, y en Belén la de la Natividad, y en el monte de las Olivas la de la Ascensión. Eusebio (Vita Constantin., 111, 53) le atribuye la construcción de una cuarta iglesia en Palestina, en el valle de Mambré, ad quercum Mambre, lugar que había habitado Abraham. Según Nicéforo (VII, 49), este

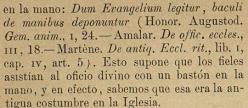
....

grandes basilicas: la de Santa Sofía, Ayias Σοφίαs, la de Santa Irene, Aylas Ειρηνης, la de Santa Dinamis ó Santa Virtud, Ayias Δυνάμεως. Pueden aumentarse la de los Apóstoles, bajo cuyo vestíbulo quiso Constantino ser sepultado (Euseb. Vit. Const., IV, 58 seqq.), y otras varias de menor importancia.

Terminamos este artículo dando

sitar las ofrendas de los fieles (véanse estas | aqui el grabado que representa la fachada de la siempre llorada basílica Constantiniana del Vaticano, tal como estaba todavía en el siglo xvi, antes de la construcción del actual

BASTÓN (SU USO EN LA LITURGIA). - LOS más antiguos rituales y sacramentarios hacen mención de una curiosa costumbre de la primitiva Iglesia, costumbre cuyo sentido no se comprenderia sin alguna, siquiera concisa, explicación. Esos libros dicen que en el acto de la misa, al empezar la lectura del Evangelio, y la Tiburtina, la Lavicana, la Latina y la | todos los fieles sueltan los bastones que llevan



De esa costumbre se dan diversas razones, autorizadas todas, á nuestro juicio. La primera se funda en la necesidad fisica. Sabemos, efectivamente, que los primeros cristianos se ponían de pie para orar, sobre todo en los lugares santos. Puede citarse á este propósito el canon 20 del Concilio de Nicea. Baronio ha hecho público este punto de disciplina primitiva (Ad an. xxIII, 109, y cccxxv, 115), y nosotros remitimos al lector á nuestro artículo Súplica, donde la cuestión se ha tratado con la extensión debida. Las funciones sagradas se prolongaban á veces muchas horas, porque, además de la celebración de la liturgia, había las homilias y otros preceptos ordenados por los obispos (véase el artículo Predicación). Compréndese que la duración de estos oficios debía ser molesta para los fieles, principalmente para los ancianos, y que debían procurarse algún descanso apoyándose en un bastón, y la benevolencia de la Iglesia toleró esta costumbre. En segundo lugar, el bastón, en virtud del puño horizontal que de ordinario lo corona, habiendo sido mirado en los primeros tiempos y considerado por los Padres como el símbolo de la cruz (Augustin., serm. cvII. De temp.), era natural que los cristianos lo usaran durante la celebración de los santos misterios en memoria de la Pasión y de la redención del Salvador.

La tercera razón que se asigna á la citada costumbre, es más plausible aún. Es una causa completamente mística procedente de las analogías de la nueva ley con la ley antigua. Como para la manducación del cordero pascual del Antiguo Testamento se dispuso que los Hebreos tuvieran un bastón en la mano (Exod., XII, 11), los discípulos de Cristo debían imitar este rito cuando se disponían á comer la carne del nuevo y verdadero Cordero en la Eucaristía.

BAUTISMO.-I. Alegorías relativas al bautismo. - Los arqueólogos advierten, en cierto número de asuntos figurados, ya en pinturas, va en bajos relieves en los monumentos cristianos de las catacumbas, así como en las tumbas en general, alusiones más ó menos directas al bautismo, y, por consiguiente, al cristianismo de los que en ellas descansan; y sus opiniones en este particular se fundan siempre en la armonía de los textos más claros con esas diversas representaciones. Citaremos las principales de esas alegorías.

1.º El diluvio. «Era una figura, dice San Pedro (I Petr., III, 21), á la cual corresponde

hoy el bautismo.» Y cuando Filón dice (De vit. Mos., l. 11, vers. fin.) que Noé era «jefe de una nueva generación », tuvo probablemente, según Grocio (In. c. 111, Epist., I, Petr., v, 21), intención de indicar la misma cosa. Las representaciones de Noé en el arca son innumerables en nuestros monumentos primitivos (véase el articulo Noé).

2.º El paso del mar Rojo, figurado en varios sarcófagos (Aringhi, 1, 331) y en los mosáicos, entre los cuales se cuenta en primer término el de Santa María la Mayor (Ciamp. Vet. mon., I, tab, LIX). Los escritores sagrados que han visto en este acontecimiento la figura del bautismo (Sedul., l. 1, De sicco mari. - Greg. Naz. Orat. xxxix. - Prosper. De pro miss., pars. I, c. 38.—Aug. Serm. ccclii.— Beda. Quæst. sup Exod., xx), se han fundado en este pasaje de San Pablo (1 Cor., x, 2): Nuestros padres han sido bautizados todos según el sistema de Moisés, en el aire y en el

3.º El agua que brota de la roca bajo la vara de Moisés (Bottari, XL, passim) es también, según San Jerónimo (In Isai., XLVIII), San Agustín (Serm. 352) y San Isidoro de Sevilla (In Gen., xxII), una figura del bautismo.

4.º La historia de la Samaritana (Bott., LXVI et alibi). San Epifanio (Hæres., Lv) dice que Nuestro Señor tenía á la vista el bautismo en las palabras que dirigió á aquella mujer: « El agua que yo le daré, lo convertirá en una fuente de agua que brotará hasta la vida eterna.» (Joan., IV, 14.)

5.º El agua del Jordán, santificada por el bautismo del Salvador (Aringhi, 1, 381, 11, 395). Pueden citarse aquí á Orígenes (Homil., XLIV), San Gregorio de Nissa (De bapt. Christ. Opp., t. III, pág. 375, ed. Morel) y otros.

6.º Se nota la misma idea en la palmera, que es el simbolo de la victoria conseguida por el cristiano bautizado, sobre los poderes invisibles, v en el fénix, símbolo de la resurrección, y aquí del renacimiento espiritual por el bautismo (S. Clement. Epist. I, ad Cor., xxv). (Véase el articulo Fénix.)

7.º El ciervo que se ve representado en gran número de monumentos, y sobre todo en las pinturas ó bajos relieves referentes al bautismo, como en el bautisterio de Ponciano, asi como en ciertas pilas bautismales (Paciaud. De baln., página 137), es el símbolo del catecúmeno animado del gran deseo de recibir el bautismo.

8.º Alton, explicando un jeroglífico bautismal (véase Polidori, Pesce), habla de la figura de un niño colocado sobre un pez. El niño es el bautizado, el pez es Cristo, de quien el obispo Orencio ha dicho en su Commonitorium (Ap. Munster, Symb., 1, pág. 19): Piscis natus aquis, auctor baptimatis ipse est (S. Hieron. In psal, XLI). (Veanse los artículos Paso del mar Rojo, Moisés hiriendo la roca, Samaritana, Ciervo, y aun Caná.)